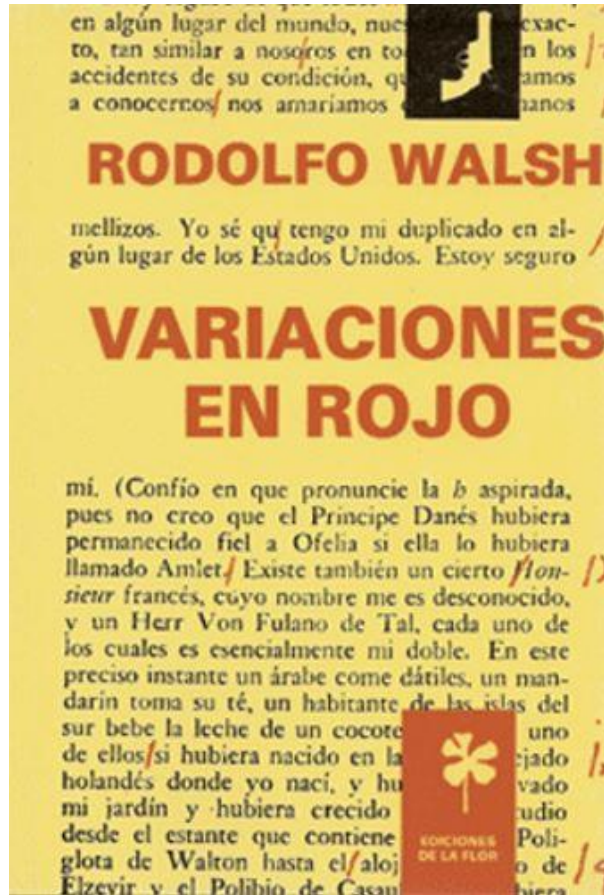


Rodolfo Walsh



Variaciones en rojo

los libros te hacen libre

www.elortiba.org

Rodolfo Walsh

Variaciones en rojo

*A Elina Tejerina,
que sobrevivió a innumerables versiones
preliminares de este relato.*

*“Entonces Daniel, cuyo nombre era
Balthasar, estuvo callando casi una hora,
y sus pensamientos lo espantaban.”
Biblia, Libro de Daniel, IV, 19.*

CAPITULO I

Cuando el cadáver de Carla de Velde apareció en el estudio de Duilio Peruzzi, un rumor localizado pero irreversible, como un hilo de agua entre rocas, aseguró en los medios artísticos y literarios de la ciudad que el ya célebre pintor había consumado el más hábil de sus trucos publicitarios. Algunos llegaron a afirmar que toda su anterior carrera propendía a esa culminación perfecta y asombrosa. Otros, más prudentes o vengativos, declamaron que Peruzzi había llevado a extremos dogmáticos la pronunciada necrofilia que se había advertido en sus últimos cuadros. Sus más peligrosos admiradores observaron que la muerte de Carla de Velde y las circunstancias que la rodearon eran los elementos de la más prodigiosa obra de arte de nuestros desacreditados tiempos...

A todos ellos el gran Duilio respondió haciendo publicar en un periódico de vanguardia su efigie de romano antiguo, exornada por la legendaria y flamígera barba caldea, de indignado vértice, flexionado el brazo izquierdo e intercalado el derecho entre brazo y antebrazo, en portañísimo gesto de desdén y repulsa. Aquella fotografía, tomada en un corredor de Tribunales, donde Peruzzi aparecía entre dos sonrisas desconocidas, catalizó las más enconadas y pintorescas reacciones.

Tres galerías de la calle Florida y una de la calle Santa Fe inauguraron simultáneas exposiciones de las obras de Peruzzi. De los doscientos cincuenta cuadros y dibujos en que se calculaba su producción hasta ese entonces, se vendieron en pocas semanas más de doscientos, lo que demuestra la rápida inventiva y el fervor artístico de los agentes. Resucitaron viejos afiches y bocetos de propaganda en los que se advirtió de pronto el incipiente toque genial de quien por un instante inconcebible eclipsó en el ánimo del público la notoriedad de Picasso y Matisse, de Dalí y Chirico. La Nación publicó en su suplemento dominical una reproducción a toda página de su inmortal goyesca interpretación de un tema de Kafka, en que el célebre personaje de La metamorfosis se jactaba de una reconocible semejanza con un ilustre personaje de la vida política internacional. La Nación fue brevemente clausurada —por perturbar determinadas relaciones diplomáticas— pero todos elogiaron su sacrificio en aras de la verdad pictórica y cívica.

Otros periódicos y revistas ilustradas de tendencias más crasamente sensacionalistas descuidaron el aspecto artístico del caso en beneficio del meramente policial. Obedeciendo a leyes periodísticas tan inescapables como las que rigen el mundo de los fenómenos físicos, recayeron en previsibles reminiscencias de Gastón Leroux, y con un ágil salto de la imaginación bautizaron aquel nudo de circunstancias péfidas con el título de El misterio del cuarto escarlata. Título que proponía dos negligibles falacias, una de orden pictórico, otra simplemente descriptiva: la de suponer un cuarto cerrado por dentro.

Porque en realidad, el caso de Carla de Velde, para los que quisieron ver en él un halo de misterio, fue el exacto reverso de aquel problema clásico: un cuarto cerrado por fuera, Y para los que, como el comisario Jiménez, se negaban a esos bruscos improntus de la fantasía, algo tan evidente como la misma luz.

La descripción que Carmen Sandoval, casera del edificio, hizo de la escena del crimen, merece a pesar de su discutible origen un lugar de privilegio entre los más meditados “Infernos” de las literaturas occidentales. Yo propongo que se retenga su nombre junto a los del Dante y Beckford, May Sinclair y su temprano vástago: Jean-Paul Sartre.

Con esta diferencia: el horror se desprende de los hechos, no de las balbucientes palabras que la Sandoval, inculta y aterrorizada, pronunció ante los pesquisas.

Ella —dijo— acostumbraba llegar a las seis de la mañana. A esa hora por lo general el pintor, que trabajaba de noche, se había marchado. Subió la escalera y advirtió que en la puerta del estudio la llave estaba puesta del lado de afuera. Hizo girar el picaporte y comprobó que la puerta estaba cerrada con llave. Esto le extrañó, porque Peruzzi acostumbraba llevarse la llave, y ella tenía la suya.

En aquel momento, el lechero dejaba su botella de leche junto al umbral de la puerta, al pie de la escalera. La Sandoval acostumbraba prepararse el desayuno apenas concluida la limpieza del estudio.

Como obedeciendo a un presentimiento, lo hizo subir. En presencia del hombre abrió la puerta y apareció ante sus ojos una fantástica escena.

Una viva luz roja fluía del techo y las paredes como una impalpable lluvia de sangre. El cuarto parecía un estanque de aguas purpúreas, en el que todos los objetos se destacaban teñidos del mismo color, como una flora monstruosa. Una cabeza erguida en un pedestal la miró con sardónica sonrisa escarlata. Una máscara suspendida de un hilo flotaba con la boca desmesuradamente abierta.

Tendido en el piso estaba el cadáver de Carla de Velde, con su larga cabellera cobriza acariciándole la garganta y los hombros desnudos. Y en mitad del pecho un agujero diminuto manaba una colérica vóborra de sangre.

Un par de ojos inesperadamente blancos animaron una figura acurrucada en un rincón. Aquella figura se irguió bruscamente en su estatura colosal, y antes de soltar un grito y desmayarse, la Sandoval la vio recortada en rojo. Era Duilio Peruzzi.

CAPITULO 2

Media hora ms tarde llegaba al estudio el comisario Jiménez, con un considerable séquito en el que venía mimetizado un joven de cabellos rubios, pronunciadamente miope a juzgar por sus lentes de ocho dioptrías. Si Daniel Hernández, corrector de pruebas de la Editorial Corsario, hubiera tenido que explicar su presencia en aquel lugar, tal vez habría invocado la prolongada amistad que lo unía al comisario Jiménez y la circunstancia de haber resuelto tres o cuatro de los casos más complicados en que aquél intervino. Pero su peculiar habilidad para no ser notado, para confundirse con la atmósfera y aun con el mobiliario de una casa, lo ponía a cubierto de esas indiscreciones.

Duilio Peruzzi estuvo a la altura de las circunstancias prescindiendo olímpicamente del vigilante que custodiaba la puerta y lo miraba con torva expresión se adelantó a recibir al comisario con un gesto de gran señor. El bífido extremo de su barba amarilla y rizada abarcó horizontalmente, en ángulo de ciento ochenta grados, el ámbito del estudio.

—Es terrible —exclamó por fin con voz profunda y sonora—. Une véritable horreur! Tan hermosa que estaba Carla con ese vestido escarlata.. Y ahora... —Su voz se astilló, como un bloque de mármol al golpe del cincel—. Una máscara de yeso. La muerte trae al rostro todos los defectos que en vida casi no advertimos. Los gérmenes de disolución y decadencia que rescatamos bajo el movable velo de la expresión se concentran de pronto en unos labios, en unos párpados, en el hueco de una mejilla, como una invasión sorda y creciente. Estéticamente, es espantoso.

—Peruzzi —dijo el comisario con voz algo guasona— déjese de discursos y préndanos una luz decente. Aquí se ve todo colorado.

El pintor apretó un botón de la pared y la lámpara roja que colgaba del techo se apagó. La incandescente atmósfera del estudio se convirtió momentáneamente en un lago de negrura. Después unas bruscas manos vigorosas apartaron unos cortinados también rojos y por una puerta vidriera con reja al exterior irrumpió triunfalmente la plena luz del día.

—Bueno, ahora está mejor —dijo el comisario respirando con alivio—. Peruzzi —agregó serio—, si usted no anda con vueltas y confiesa, nos ahorra trabajo y yo quedo su amigo. ¿Por qué la mató?

Duilio Peruzzi se irguió y paseó la vista alrededor, como tomando a los demás por testigos del atropello.

—Comisario —dijo al fin dignamente—. Yo tenía un buen motivo para matarla. Era mi amante y me traicionaba con su marido. Mi dinero ha henchido los bolsillos de un hombre a quien detesto. Pobre Carla. Pero yo no la maté.

—Está bien —dijo el comisario atusándose el bigote gris—. Ramírez, Carletti, me lo llevan a Moreno y le toman los datos. Ya tendrá tiempo para ablandarse. Después iré yo.

Los dos hombres flanquearon al pintor. Carletto le dio un golpecito amistoso en la espalda, como animándolo a caminar. Pero Duilio Peruzzi no se movió. Permaneció clavado en el lugar, estatuario, con una enigmática sonrisa en el altanero rostro de bronce.

—¿Estoy arrestado? —preguntó inconsecuentemente.

—En su lugar, comisario —dijo una voz opaca que parecía venir del extremo opuesto del cuarto—, yo no me apresuraría. Creo que falta algo.

El comisario se volvió para encontrarse con la mirada límpida y azul de Daniel.

—No me parece —respondió—. Este hombre solo con la víctima, la puerta cerrada...

—Precisamente —dijo Daniel—. La puerta cerrada por afuera. ¿Quién la cerró?

—Eso lo averiguamos después —repuso el comisario encogiéndose de hombros—. Pero éste, cómplice o asesino, no hay vueltas que darle.

—Falta algo más —murmuró tímidamente el hombrecito del rincón—. Falta el arma.

Jiménez lo miró como arrepintiéndose de haberlo traído.

Después se encaró con el pintor.

—Bueno —dijo—, ¿qué espera? ¿Dónde la puso?

Peruzzi tardó en responder. Las comisuras de su boca parecían ascender hacia las orejas en cinceladas curvas por las que se derramaba como un aceite una sonrisa mefistofélica.

— ¡Ah, el arma! —dijo—. Voilá la question! ¿Qué se habrá hecho esa pícara arma? ¿Por qué no me revisa?

El comisario meditó, como si considerara la posibilidad de hacerlo.

—No —dijo por fin—. No es necesario. Estará entre todos esos trastos.

—Y algo más —insistió Daniel—. Creo que Peruzzi está tratando de hacerle oler ese pañuelo que tiene en la mano.

—En efecto —dijo Peruzzi con entusiasmo—. Huela usted, comisario. Metano triclorado. Cloroformo. La impronta del asesino. Yo, víctima inocente.

El comisario se llevó el pañuelo a la nariz e hizo una mueca. Después lo guardó cuidadosamente en el bolsillo.

El examen de los trastos no dio resultado. Había allí telas nuevas y pintadas, cacharros, pinceles, pomos de pintura, elementos de utilería y una increíble parafernalia de máscaras, estatuillas y muñecos articulados.

En un ángulo descollaba una especie de escenario en miniatura, con un vasto rascacielos de cartón que sobrevolaban dos grandes murciélagos de terciopelo negro, suspendidos con hilos. A la derecha del escenario, una grúa hundía una mano metálica en el piso de tierra adornado por un túmulo de pequeñas cruces blancas de madera.

Daniel observaba con sumo interés una colección de hondas, cerbatanas, arcos y flechas alineados en una esquina.

En aquel momento llamaron a la puerta y un hombre menudo y moreno entró suspendiendo en la punta de los dedos un objeto afilado y brillante.

—Creo que encontramos algo, comisario —dijo mostrándole el estilete—. Estaba al pie de la escalera, detrás de la puerta de calle. Por eso no lo hemos visto al entrar.

El médico de la policía, que terminaba su examen del cadáver, alzó la cabeza y al ver el estilete asintió sin decir palabra.

— ¡Ah, apareció el arma! —dijo Duilio Peruzzi con acento fanfarrón—. ¿Y afuera? ¿Afuera del estudio? ¿Del -estudio-cerrado-con-llave? No, no se disculpe, comisario. Está perdonado. Todos cometemos errores.

—Sí —murmuró vagamente la voz de Daniel y los demás se volvieron como si hubieran olvidado su presencia—. El error es el troquel de la sabiduría. ¡Qué tabladillo tan curioso! ¿Será una ilusión óptica? —agregó dirigiéndose a Peruzzi—. Pero aún falta algo. Yo no entiendo de escenografía ni de pintura, y en realidad no sé qué es lo que falta aquí, pero algo falta.

— ¡Ah, mon ami! —se exaltó Peruzzi—. ¡Esa perspicacia me entusiasma! Usted tiene la visión intuitiva a la que rara vez accede el burgués estragado por el affiche y las revistas! ¡Usted merece empedernirse en el encumbrado ejercicio de la crítica! Es justamente lo que yo me dije anoche cuando entré y vi el escenario de Hans. ¡Este animal de Hans! Casi un año trabajando para mí, y aún no ha adquirido el sentido de la composición... ¡Ah, pero lo despido, esta misma noche lo despido! Sale bête!

—Se puede saber de qué están hablando? —tronó el comisario—. ¿Quién diablos es ese Jan, y qué diablos falta ahí? A mí me parece que sobra todo.

—El comisario se apresura a reincidir por la pendiente de las falacias —dijo Peruzzi—. Permítame que lo ilumine, comisario. Seré su Virgilio, su ángel de la guarda, su Baedeker en esta terra incognita que es el arte. Hans Baldung es mi ayudante, mi escenógrafo, mi proveedor de nuevas emociones, un bellaco de siete suelas a quien desnucaré no bien asome la cabeza. Ese escenario es su última chapucería, el último

engendro de su imaginación debilitada por las miasmas de la guerra. Y como bien dice este joven de mirada de águila —añadió contemplando los gruesos lentes de Daniel—, ahí falta algo. Lo proclaman las leyes irrefragables de la composición. Lo advierte de un golpe la mirada de saeta del artista experimentado. Lo descubre tardíamente el ojo del profano que intuitivamente condesciende a los secretos del arte. Pero no deja su huella en la coriácea retina de meros idólatras del indicio material.

—Gracias —dijo el comisario, amostazado—. Mi coriácea retina se estremecerá de placer si le muestra usted concretamente lo que falta. No me gusta que falten cosas cuando yo investigo. -

— ¡Ah, eso sí que no, comisario! —dijo Peruzzi con ademán magistral—. Eso es imposible. Como ya insinué, ahí falta algo, pero no falta una cosa determinada. Falta algo en general. Una figura, un árbol, cualquier cosa. Cada uno debe suplirlo a su manera. Sin embargo, tal vez le interese saber cómo he enmendado yo la incurable incompetencia de Hans.

Tomó de la mesa un boceto que mostró al comisario con visible orgullo. Daniel reconoció los elementos del tabladillo de Hans que evidentemente le había servido de modelo.

El rascacielos estaba dibujado como una mole oscura en cuyo extremo superior se abrían dos ventanitas rojas, semejantes a las pupilas de un monstruo maligno. A un lado, sobre la línea del horizonte, se empinaban brucas llamaradas de color carmesí, Y en el centro, próximo a la grúa, el gran Duilio había pintado un camión volcador cuya parte delantera se abría en coléricas fauces amarillas, devorando a una fila de hombres oscuros, que vomitaba por la culata amarrados a las crucecitas blancas de Hans.

El comisario abrió la boca como si fuera a reírse, pero después empezó a maldecir con la indignación del hombre honrado a quien le han estropeado el almuerzo.

—¿Y esto qué significa? —rugió—. ¿A eso le llama pintar?

Peruzzi lo miró con arrogancia.

—El profano no tiene derecho a juzgar la obra del artista —dijo—. Le sugiero que resuelva su problema policial, y me deje resolver mis problemas estéticos.

—Ahora entiendo —dijo Daniel—. Eso es lo que faltaba.

Todos lo miraron como si fuera un estúpido.

—Naturalmente —dijo Peruzzi—. Yo he querido dar una interpretación de nuestro mundo actual. El hombre devorado por la máquina, y un horizonte incendiado que es la profecía de su destino. Es muy posible, desde luego, que mi idea no coincida con lo que se propuso Hans. La imaginación del artista creador capta los estímulos externos y los combina en nuevas formas. Hans es un imbécil incapaz de apreciar la intrínseca grandeza de sus creaciones paranoicas.

—Paranoico o no —dijo el comisario, furibundo—, a mí me explica de una vez quién es ese Hans, qué significa ese escenario y cómo se cometió el crimen.

—Ya le he dicho quién es Hans: mi ayudante, mi fuente de estímulos externos. —Y añadió volviéndose a Daniel, en quien presentía un auditorio más simpático—: En la vida cotidiana rara vez se nos presenta la oportunidad de ver algo auténticamente nuevo, de experimentar una impresión primera. Para pintar como un primer hombre, hay que ver como un primer hombre. La propia imaginación es agotable. Yo la he agotado. La naturaleza sobre todo es agotable. La mera repetición de árboles y crepúsculos me da náuseas. Por eso pago a Hans. El me da temas, él me surte de efectos imprevistos, él combina elementos cotidianos en un orden nuevo. Dalí tuvo que encolar solo sus burros. Yo me los hago encolar por Hans. Una vez por semana me prepara un escenario, un ambiente, una pesadilla. Yo irrumpo bruscamente en ese orden nunca visto, en esas arquitecturas alucinadas, y mi espíritu recibe una impresión indeleble. Mi alma de artista se sacude como la mísera pata de rana pegada al borne de la pila. Estas deliciosas conmociones son el origen de mis cuadros más vendibles.

“Claro está que yo no copio servilmente la irrealidad de Hans. Retengo sólo la impresión experimentada en el instante de entrar a un lugar desconocido: mi estudio. Retengo el instante angustioso y único, y eso me sirve de punto de partida. Lo demás se elabora en los recónditos corredores de mi espíritu. Nunca sé lo que voy a encontrar: una cobra enroscada al caballete, una tortuga amaestrada o al propio Hans colgado de una viga.

“Ya sé lo que va a preguntar, comisario. ¿Por qué he elegido a Hans y no a otro para esa oscura tarea? ¿Por qué él y no cirro el Daniele da Volterra de este nuevo Miguel Angel? ¿Por qué he remplazado el plato de manzanas y el pescado por los turbios engendros de Hans? Muy profunda su pregunta, comisario. Hans es un esquizofrénico, un psicótico, un desquiciado por los bombardeos, el mercado negro y el Hotel de Inmigrantes. Hans es la ventana a través de la cual yo, el artista, veo como en un acuario los elusivos monstruos que constituyen la fauna del alma moderna. Hans es una psique en carne viva. Perdone la paradoja, comisario. En el alma de Hans un río de escorpiones devora una paloma. Perdone la metáfora. Yo soy el espejo encargado de reflejar esa alma cándida y lacerada.

“He citado un motivo práctico de raíces psicológicas.

Mencionaré otro humanitario: mi ayudante es un pobre diablo, un inmigrado, una víctima ingenua del cruel anatema recaído en las camisas pardas. Antes del advenimiento del régimen, Baldung era un escenógrafo de mérito, discípulo de Reinhardt. Después decoró palcos oficiales. Ahora devora el pan casi blanco del exilio.

—Este hombre habla como una canilla descompuesta —dijo el comisario—. A ver si me dice clarito y sin tantas vueltas qué ha pasado aquí, quién lo encerró y cómo mataron a esa mujer.

—Nescio —dijo Peruzzi—. Search me —añadió sobrevolando siglos de evolución expresiva—. Una conjunción de circunstancias perversas me envuelve como una red. Acepto filosóficamente esa injusticia. Tolero que una mano desconocida me anestesie. Soporto que un puñal aleve interrumpa mi dulce intimidad y que unos dedos ágiles me encierren con llave en compañía del creciente espanto de un cadáver. Sufro su interrogatorio. Pero yo no tengo nada que ver. Soy la cloroformada víctima de un equívoco.

—Para estar cloroformado, me parece que habla mucho —dijo el comisario—. ¿Usted vio a su atacante? —No. Estábamos de espaldas, Carla y yo. La puerta debió abrirse silenciosamente. Carla había llegado unos diez minutos antes y estábamos mirando el boceto que yo acababa de pintar sobre la escenografía de Baldung. En realidad, ya había empezado a trasladar el boceto a la tela.

En efecto, algunas pinceladas rojas adornaban la tela puesta en el caballete.

—Y usted pinta con esa luz colorada? —preguntó el comisario.

Peruzzi enarcó una ceja.

—Ah, no —dijo—. Naturalmente que no. Había encendido la lámpara de pie y apagado la luz del techo. Hans estaba autorizado para poner el estudio patas arriba, si eso convenía a sus planes. Lo esencial era que me procurase una impresión nueva. En esta oportunidad había cambiado la lamparilla del techo por una luz roja. Supongo que se había propuesto un efecto apocalíptico.

El comisario se lanzó sobre la contradicción como un perro de presa.

—Usted declara que apagó la luz del techo —dijo—. Esta mañana estaba encendida.

— ¡Ah, eso es admirable! —apoyó Peruzzi, impávido—. Eso demuestra que el asesino es un artista. Captó instantáneamente las posibilidades dramáticas del escenario. Asesinó a Carla, la de incendiada cabellera, e inauguró en el estudio una ardiente lluvia de sangre. ¡Magnífico!

En aquel momento llamaron a la puerta y entró un hombre alto, cargado de espaldas, de ojos hundidos y afilada nariz, vestido impecablemente de azul.

— ¡Ah, monsieur le comte! Su mujer ha muerto —exclamó brutalmente Peruzzi—. Ya no podrá explotarla. Se acabó la mina de oro.

El recién llegado lo miró con una fría llamita de desprecio en sus ojos grises, y sin hacer caso de él se presentó al comisario Jiménez.

—Me llamo Romo Giardino —dijo con leve acento extranjero—. He sabido que mi esposa ha sido asesinada, y vengo a ponerme a su disposición. Aunque probablemente —agregó mirando con odio a Peruzzi— no será difícil descubrir al asesino.

—La gallina que canta —dijo Peruzzi—. Señor conde, yo estoy a cubierto. Dos imposibilidades físicas me amparan.

El comisario se esforzaba por mantener su actitud cortés.

—Señores —dijo—. Así no vamos a ninguna parte. Las cosas se van a aclarar debidamente. Señor Giardino —agregó con benevolencia—, siento lo que le ha ocurrido a su mujer, y agradezco su colaboración. Más tarde hablaré con usted. Ahí afuera encontrará al inspector Valbuena, que le tomará declaración. Y le ruego que me vea antes de irse.

Giardino salió, cerrando la puerta, y el comisario volvió a encararse con Peruzzi.

—Bueno, es hora de que pongamos las cosas en su lugar. Yo le diré lo que pasó, según usted, y usted me dirá si falta algo. Y a la primera palabra de más que me diga, lo mando directo al calabozo. Tome nota —ordenó dirigiéndose a un joven que esperaba instrucciones esgrimiendo una libreta de apuntes taquigráficos—. Usted —dijo encarándose nuevamente con Peruzzi— fue el primero en llegar anoche aquí. ¿A qué hora vino?

—A las diez y media. Una hora más tarde llegó Carla. Y diez minutos después, el asesino.

—Perfecto —dijo el comisario—. Las doce menos veinte. Al fin contesta como una persona normal. Usted dice que estaba de espaldas a la puerta y no vio al asesino. Y lo anestesió con un pañuelo empapado en cloroformo. ¿Vio usted u oyó algo antes de perder definitivamente el sentido?

—Oí un grito de Carla. La oí pronunciar un nombre. Después caí al piso y alcancé a percibir, como en un sueño, que se encendía la luz roja. Vi borrosamente al asesino inclinado sobre el cadáver de Carla, pero estaba de espaldas. Me desmayé.

—Qué nombre pronunció la mujer?

—No puedo decirlo —respondió Peruzzi con arrogancia.

A una señal del comisario, Ramírez y Carletti volvieron a flanquear al pintor.

—No puedo decirlo —repitió apresuradamente Peruzzi—, pero en fin, lo diré. Al fin de cuentas lo llamaría en su auxilio. Era el nombre de su esposo. “¡Rómolo, Roooómolo!” Muy dramático. Parecía una ópera.

—Hum, ya veo —dijo el comisario acariciándose la barbilla—. ¿Y usted trabaja siempre de noche?

—Sí.

—¿No es mejor la luz diurna?

—Para pintar esas aborrecibles naturalezas muertas y paisajes que adornan las casas de familia, sí —respondió el artista con insolencia—. Yo, Duilio Peruzzi... Está bien, no se sulfure. ¿La botella de cloroformo estaba aquí?

—Sí, junto a la puerta, en esa mesita. Creo que fue ese animal de Hans quien la puso.

—¿Para qué tenía usted cloroformo en su estudio?

—Lo uso como solvente, hay muchos otros —añadió señalando un estante colmado de frasquitos.

—¿Es habitual el empleo de cloroformo como solvente?

—No. Usted debería comprender que yo he renunciado a lo habitual. Pero se usa ocasionalmente como disolvente de las lacas. Justamente estuve pintando una laca. El cuádruple lecho de Yu-pi-yu. Una interpretación modernista de un viejo tema oriental. ¿Quiere verlo?

— ¡No! —se apresuró a responder el comisario—. Me interesa más la llave. ¿Estaba colocada por dentro antes de la llegada del asesino?

Pero estaba escrito que el interrogatorio del comisario no llegaría a su fin. Se abrió la puerta y del brazo de un pesquisa entró un hombrecito moreno, de ojos escurridizos y rostro emaciado, que evidentemente no tenía el menor deseo de participar en los acontecimientos. Al verlo, los ojos de Peruzzi se inyectaron en sangre. Aferrando con ambas manos un vaso ornamental, se lanzó sobre el aterrorizado Hans Baldung. Este se desprendió con un alarido del brazo del pesquisa y salió corriendo, atinando a último momento a cerrar la puerta para postergar la ira del tonante Duilio Peruzzi.

El comisario, desesperado, buscó con la vista a Daniel, pero éste se había escabullido un minuto antes sin ser visto, y tuvo oportunidad de presenciar a la distancia la espectacular retirada de Hans Baldung.

CAPITULO III

La casa tenía dos pisos, sin comunicación entre sí, quedaban a la calle por puertas gemelas. Era un edificio viejo, construido a principios de siglo. Duilio Peruzzi alquilaba el piso alto, que sólo utilizaba para trabajar —vivía en Belgrano— y al que se llegaba por una escalera de mármol. La planta baja estaba alquilada por la familia de un médico.

El piso alto constaba de tres habitaciones, además de un patio semicubierto y dependencias. El estudio propiamente dicho tenía dos puertas, pero una sola entrada. Porque la segunda de ellas era una puerta vidriera que daba al patio y estaba protegida desde el exterior por una sólida reja de hierro, cuyos barrotes estaban separados por una distancia no mayor de diez centímetros, y a través de ellos no podía entrar ni salir ningún ser humano.

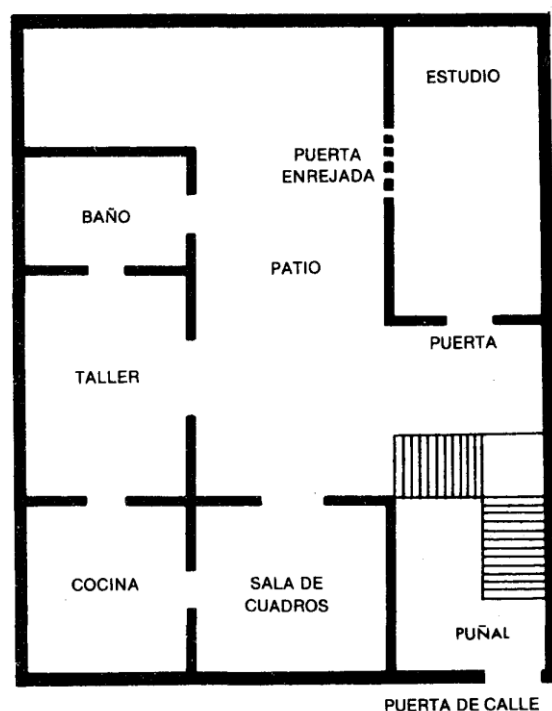


FIGURA I

De las otras dos habitaciones, una era el depósito y taller donde Hans Baldung armaba sus escenografías. La otra hacía las veces de sala de exposición privada, en cuyas paredes colgaban numerosos cuadros. Y a esta última habitación había encaminado Daniel sus errabundos pasos, atravesando la multitud de policías que llenaban el patio y la escalinata.

La mayoría de lo expuesto formaba parte del repertorio corriente de las escuelas de vanguardia. Evidentemente, Peruzzi practicaba un despreocupado eclecticismo. Las meras combinaciones de formas y colores de las escuelas abstractas se mezclaban a las fantasías surrealistas, dejando algún lugar al retrato convencional.

Pero una de las telas le llamó poderosamente la atención. Representaba en tintes sombríos a un hombre tendido de espaldas en lo alto de un peñasco. La cabeza echada hacia atrás pendía sobre el filo del abismo, y los ojos clavados en el cielo oscuro parecían grandes placas de escarcha. Los cabellos caían en una cascada vertical, y los brazos en cruz. En el cuerpo violáceo y lamentable parecían insinuarse vagamente las formas del esqueleto. Era la muerte absoluta, la muerte hecha más muerte por la soledad y la altura desnuda de estrellas. En el pecho, una puerta de sangre se alargaba en hilos que descendían pausados por la piedra. Y en aquellos hilos de sangre bajaba una extraña procesión de seres diminutos, hombres, mujeres y niños, tenues figurillas de humo, entrevistas imágenes de un sueño. Y alguien reía, y alguien lloraba desolado, y alguien caminaba indiferente, y un hombrecillo inverosímil con los brazos en jarras se asomaba curiosamente al pozo de la sangre de estrellados bordes...

La voz de Peruzzi lo arrancó de su contemplación con un sobresalto.

— ¡Hola! — dijo alegremente—. Al fin encuentro un semejante. A estos policías no les interesan más que los asesinatos. Buen muchacho, el comisario. Un poco impaciente, pero no se puede pedir demasiado. Me ha prohibido salir, ce satané gringaiet. Prisionero en mi estudio. ¿Qué le parece? Ahora se está rompiendo la cabeza con el negado de Baldung y con conde Giardino. A propósito, ¿sabe usted que no es conde? Es un escapado al pelotón de fusilamiento. Aquí se nos presentó como industrial, pero yo sé cuál es la industria que lo beneficia... Pobre Carla. El dice que era su esposa, pero ya quisiera yo conocer al cura que los casó. Eh, ¿qué me dice?

—Creo que ese cuadro es muy hermoso —respondió Daniel.

— ¡Ah, qué visión privilegiada! —replicó el gran Duilio con carcajada de bronce—. No, amigo mío, a usted no podría engañarlo. Todo esto no es más que basura inspirada en un craso mercantilismo. ¡Si viera usted a los fabricantes de salchichas que me pagan cinco mil pesos por cuadro! Pero ahora —añadió bajando misteriosamente la voz—, ahora sí que he dado con la tecla. Me haré famoso. Mi nombre será pronunciado con reverencia en el mundo entero. Me incorporaré al número de los grandes forjadores de la historia del arte. ¡Shhh! —añadió llevándose el dedo a la boca y asomándose a la puerta

con ridículas precauciones—. No lo diga a nadie. ¡He fundado una nueva escuela! Usted es el primero en saberlo. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué broma colosal! ¡Quiero ver la cara de los críticos cuando lean mis primeros cuadros!

—¿Cuando lean sus cuadros? —preguntó Daniel, intrigado—. ¿Una nueva escuela?

—Sí. ¡Cuadros sin marco, cuadros sin tela, cuadros sin pintura! ¡Pintura superabstracta!

Daniel lo miraba con asombro.

—¿No entiende? —preguntó Peruzzi entusiasmándose a medida que hablaba—. ¿Qué es un cuadro en definitiva? ¿Quiero decir, independientemente del complejo de acciones e ideas que lo origina y que a su vez desencadena en el espectador? ¿Qué es materialmente un cuadro? Un conjunto de superficies, un conjunto de colores. ¿Comprende ahora?

—Sin duda que no —contestó Daniel cada vez más per

—Pero, ¡qué animal! —exclamó Peruzzi—. ¿Tengo que explicárselo todo? Esas superficies, esos colores pueden definirse matemáticamente. El arte está aún en una etapa empírica. Yo propongo una etapa científica. En el caso de la pintura, eso involucra un cuadro absolutamente ideal, definitivamente abstracto, perfectamente definible en símbolos como un teorema. Tomemos el ejemplo más sencillo, esa pintura que actualmente llaman abstracta. Usted, espectador ignaro, mira, ¿y qué ve? Unos rectángulos, unos círculos, unas líneas rectas o curvas, y determinadas combinaciones de colores. Pero toda forma puede definirse por una figura geométrica, o por determinada combinación de figuras geométricas. Y a cada color, no, a cada infinitesimal matiz del color corresponde una cierta longitud de onda que lo determina inequívocamente. El cuadro que yo propongo es un conjunto de superficies, de intensidades, de unidades Armstrong, pero todo ello expresado en la taquigrafía matemática; un conjunto de números en suma.

“Puedo ir más lejos: puedo decretar el grosor, la textura, la consistencia de la ‘tela’ y el ‘marco’ ideales. Y aún más: puedo prohibir, merced a ciertas sutilezas del léxico, que algunos ‘vean’ ese cuadro, puedo admitir que lo perciban otros, aquellos que no pueden deformarlo en su imaginación.

“Hecho esto, previsto en mi inteligencia cada detalle, el cuadro ya existe, ya está pintado, aunque yo no haya tomado un pincel en mis manos, ni me haya manchado la nariz con pintura. De hecho, yo propongo la abolición de todos los medios materiales. Elimino la más penosa de las etapas de la creación artística: la ejecución material. Reduzco el arte a la mera, a la lúcida, a la límpida concepción. Si experimento algún deseo de comunicarla, la expreso en símbolos. Y con estos símbolos cualquier artesano hábil podrá trasladar, si lo desea, el cuadro al plano material, podrá reproducirlo, es decir ‘interpretarlo’. Habrá virtuosos de la interpretación, como hay grandes pianistas. Pero cualquier artista verdadero lo vera’, con sólo leer mi lista de símbolos matemáticos, así como un músico no necesita oír una sinfonía para gustar de ella: le basta con leer la partitura.

“Mi cuadro será independiente de la calidad de la pintura, inaccesible a los descuidos del pincel, a los destrozos del tiempo, al juicio de los carentes de imaginación. Una forma platónica, incorruptible, perdurable más allá del tiempo y el espacio, pues estará situado fuera de ellos. Fácil y eternamente recordable, recreable; universal porque todos (muchos) podrán no sólo verlo sino hacerlo. Incluirá colores desterrados de la paleta del pintor: el infrarrojo, el ultravioleta. Por último, llenará una inmemorial aspiración: será un cuadro pintado con luz, y no con groseros pigmentos.

“¿Prevé usted la trascendencia de esta teoría? ¿Puede seguirla hasta sus últimas consecuencias? ¿La imagina proyectada a las demás artes? ¿Imagina, por ejemplo, un drama o una novela que consista en un solo, vasto número, que para el iniciado represente inconfundiblemente todas las descripciones de caracteres, todos los incidentes, todos los diálogos, todas las honduras psicológicas de la obra?”

En el silencio de la sala de cuadros la carcajada del gran Duilio Peruzzi retumbó como un gigantesco gong de cobre.

—Ah, ya veo —murmuró Daniel, aterrado—. ¿Y usted cree...?

—¿Que si creo? —rugió Peruzzi—. Ya lo he hecho. ¡Mire!

—y antes de que Daniel pudiera impedirlo, sacó del bolsillo un papel con una larga lista de símbolos—. ¡Este es mi primer cuadro! ¡Ja, ja, ja! Se titula: Suspiro decreciente en función del logaritmo de pi.

Daniel Hernández huyó desvergonzadamente, perseguido por la risa estentórea del gran Duilio Peruzzi.

CAPITULO IV

Una feliz versatilidad era el secreto de muchos de los triunfos del comisario Jiménez. Conocía a la perfección el difícil arte de ponerse en el lugar de los demás, y desde ese nuevo punto de observación estu-

diaba minuciosamente sus reacciones, mostrándose unas veces cordial, otras simplemente cortés, y en ocasiones airado y espantable, según conviniera a las circunstancias.

—No quiero demorarlos demasiado —decía ahora extremando su engañosa actitud de condescendencia—. Estoy seguro de que ustedes podrán aclarar su situación. Estoy seguro de que nadie cometió el crimen. Quiero decir —añadió apresuradamente— que no deben inquietarse demasiado. Es un asunto desagradable, principalmente para usted, señor Giardino, pero naturalmente debemos cumplir con las formalidades. Veamos, vamos por partes. Usted, seguramente, puede recordar dónde estuvo ayer entre las once y las doce de la noche, ¿verdad? ¿Fue al club, lo vio algún amigo, recibió alguna visita?

Giardino se encogió de hombros y sonrió penosamente.

—Lo siento —dijo—, pero la verdad es que salí a dar un paseo, y no creo que nadie me haya visto. No me encontré con conocidos.

—Naturalmente, naturalmente —dijo el comisario—. Es una lástima. Eso le habría ahorrado muchas preguntas verdaderamente innecesarias. Veamos si podemos ayudarlo por otro lado. ¿Usted conocía a Peruzzi?

—No mucho. Carla me lo presentó alguna vez.

—¿Ella venía aquí con frecuencia?

La mirada de Giardino se volvió sombría.

—Ultimamente sí —dijo—. Creo que ese... ese pintamonas quería hacerle un retrato. No me opuse. Peruzzi está de moda, sobre todo en ciertos sectores. En Europa —añadió con sarcasmo— pintaría pa-redes.

El comisario se puso serio.

—Hace un rato —dijo con el mayor tacto posible— se han pronunciado aquí ciertas palabras... palabras maliciosas, sin duda, que echan algunas sombras sobre la reputación de su esposa. Estoy seguro de que usted podrá desmentirlas.

Giardino se puso encarnado.

—Mejor hablarle con franqueza —dijo—. Carla no era legalmente mi esposa. La conocí en Río, al venir de Europa. Vivía conmigo, pero era dueña de hacer lo que quería. No sé si esos rumores a que usted alude eran ciertos. Pero tampoco me interesa.

—Ah, ya veo —murmuró el comisario. Con un brusco movimiento sacó algo del bolsillo y se lo mostró a Giardino—. ¿Reconoce usted este pañuelo?

Rómolo lo examinó.

—Sí, es mío —admitió—. Pero tiene un olor extraño.

—Cloroformo —dijo el comisario—. ¿Es usted algo descuidado con su ropa, señor Giardino? —Y sin esperar respuesta se volvió hacia el despavorido Hans, que se había refugiado en un rincón con el evidente deseo de transfundirse en su escenario—. Baldung —dijo con voz tonante—, ¿es suyo este puñal? Hans se puso a temblar de pies a cabeza y respondió en un murmullo apenas perceptible:

—Sí, señor. Estaba en mi taller. Yo...

—Desde luego —interrumpió secamente Jiménez.

—La Fortuna también tiene los ojos vendados —dijo una voz desde la puerta vidriera enrejada—. ¿O era la Justicia? ¿O tal vez la Verdad?

Todos se volvieron para ver la magra figura de Daniel asomado a la reja desde el patio. Su rostro pegado a los barrotes sugería un extraño pájaro encerrado en una jaula cuyo techo era el cielo.

—¿De qué habla usted? —preguntó el comisario con cierta impaciencia—. ¿Y qué diablos hace ahí afuera?

—Usted cree que hay una diferencia irreductible entre adentro y afuera —respondió enigmáticamente Daniel—. ¿Nunca estuvo encerrado afuera? —Se echó a reír con aquella risa característica, algo monótona y desentonada, que exasperaba siempre al comisario—. ¿Nunca ha pensado que el patio puede ser el lugar más interesante de una casa? Compruebo con dolor que la escultura es un arte desdeñado, comisario. Tiene a su lado una cabeza cubierta con un paño húmedo y aún no le ha echado una mirada. Le sugiero que le quite la venda. Quizá pueda decirnos algo.

El comisario extendió la mano y descubrió una cabeza de arcilla colocada en un pedestal. Los rasgos parecían torpemente modelados; habría sido difícil decir si era una cabeza de hombre o de mujer. Pero el conjunto tenía una notable expresión. Los ojos hundidos parecían vigilarlos, y la boca estaba torcida en una mueca sardónica. El comisario la tocó y retiró apresuradamente los dedos.

—Está fresca —dijo.

En aquel momento entró Peruzzi.

En dos zancadas estuvo junto a la cabeza, que protegió con ambos brazos extendidos.

—Líbrenos Alá de la curiosidad iconoclasta —exclamó contradictoriamente— ¡Ya me le ha torcido usted la nariz!

—Está bien, disculpe —dijo el comisario, amoscado—. No veo que haya que hacer tanto ruido por un poco de barro.

—Advierto que Peruzzi es tan notable escultor como pintor —dijo Daniel—. Y además, trabaja con sorprendente rapidez. En la hora transcurrida entre su llegada y la de Carla pintó el boceto basado en el escenario de Hans, empezó la tela correspondiente al mismo boceto, como lo atestiguan esas pinceladas rojas, y además modeló esa sorprendente cabeza.

—¿Y quién le ha dicho que la modelé anoche? —preguntó Duilio con insolencia.

—El comisario —repuso Daniel—. Dice que está fresca.

—¡Ah, lo que es la ignorancia de los secretos del arte! —exclamó Duilio con expresión de superioridad—. Esa cabeza no está acabada. En realidad la empecé hace varios días, y todas las noches trabajo unos minutos en ella. Pero todo el mundo sabe que la arcilla no debe dejarse secar porque se agrieta y se resquebraja. Por eso se la humedece cada veinticuatro horas y se la cubre con un paño húmedo, como he hecho yo.

En aquel momento entró el mismo sujeto moreno y menudo que por la mañana había traído el estilete, y murmuró algo al oído del comisario. Este se irguió enseguida y miró a los presentes con misteriosa sonrisa.

—Bueno —dijo—, de todas maneras eso no tiene ninguna importancia. Y creo que por el momento no hay nada más que hacer aquí. Todos ustedes, señores, quedan en libertad, pero en libertad relativa, ¿entendido? No pueden salir de la ciudad y preferiblemente deben permanecer en su casa hasta que yo los llame.

Peruzzi lo miró con asombro.

—¿Y la solución? —protestó—. ¿Quiere decir que nos ha tenido toda la mañana de la Ceca a la Meca para después dejarnos en ayunas? Creo que tengo cierto derecho a saber quién es el que utiliza mi estudio para cometer sus pequeños asesinatos.

—No se preocupe —dijo el comisario con una sonrisa—. Ya lo sabrá. En realidad, creo que esta noche el asesino estará en nuestras manos.

—En ese caso —dijo Peruzzi volviendo a su actitud de gran señor—, me parece que podrían utilizar mi estudio para reconstruir el crimen. Lo exige la ley de las tres unidades. Lo solicita la justicia poética. Lo reclama la mera simetría.

—Nada más apropiado —accedió el comisario de excelente humor. Y añadió dirigiéndose a Giardino y a Baldung—:

Les ruego que estén aquí esta noche a las nueve. Y creo mi deber advertirles que si bien están en libertad, quedan bajo vigilancia.

— ¡Magnífico! —aprobó Peruzzi—. No los pierda de vista, comisario. Apuesto cualquier cosa a que los dos son culpables.

—¡Uf, qué hombre! —suspiró aliviado el comisario al salir a la calle en compañía de Daniel.

Y añadió al subir a su automóvil:

—Esta vez, mi amigo, creo que le he ganado de mano. Ya sé quién es el asesino.

CAPITULO V

Los periódicos de la tarde habían remontado a entusiastas alturas el globo sonda del misterio. Efímero misterio que sobrevoló unas horas la ciudad asombrada para desinflarse lastimosamente poco después, cuando el comisario Jiménez declaró ante una emocionada reunión de prensa que el “Caso del cuarto escarlata” estaba resuelto.

La escultural silueta de Carla de Velde, fotografiada en malla, había adornado primeras planas efusivas. La barba asiria y los ojos de sátiro de Duilio Peruzzi habían inquietado a honestas amas de casa. La expresión victimizada de Hans Baldung y la nariz aguileña de Romolo Giardino sugirieron, respectivamente, enérgicas condenaciones del Tercer Reich y el contrabando humano.

Horas antes de efectuarse la reconstrucción del hecho, un doble cordón policial dificultaba el acceso al estudio de Duilio Peruzzi, con especial encargo de reprimir a reporteros y fotógrafos. Uno de ellos había querido introducirse disfrazado de Carmen Sandoval. Lo delataron la voz rauca y el bulto de la lámpara de magnesio.

El comisario Jiménez llegó en su Chevrolet 42, con una sonrisa escondida debajo del bigote gris. Un vigilante le abrió la portezuela y volvió a cerrarla, descubriendo con tardía sorpresa una gesticulante cabeza asomada a la ventanilla. Era el inadvertible Daniel Hernández.

Duilio Peruzzi los recibió en lo alto de la escalera, con los brazos abiertos y el ademán triunfal.

Romolo Giardino llegó en un modesto taxi. Hans Baldung, custodiado por dos empleados de Investigaciones, que lo habían sorprendido cuando trataba de fomentar el turismo a tierras uruguayas.

El estudio que había sido testigo del crimen, fue testigo de su brillante esclarecimiento. El auditorio se ubicó en semicírculo, en un extremo Daniel Hernández, en el otro el turbulento Peruzzi, reducido por primera vez al papel de espectador. El inspector Valbuena, improvisado Atlas, sostenía la puerta.

El comisario se aclaró la voz y con favorable viento botó la barca de su discurso.

—Este caso —dijo con sobria satisfacción— ilustra perfectamente la validez de los métodos oficiales de investigación. Como ustedes no ignoran, tenemos entre nosotros a un lúcido cultor de los estudios criminológicos, a un brillante aficionado. El policía rutinario de la vieja escuela niega existencia a esa categoría de seres, y confía exclusivamente en el oficio. El aficionado, por su parte, cuando la rigidez de los procedimientos oficiales le da margen a la existencia, sigue cauces estrictamente intelectualistas, y en ese sentido es tan unilateral como el anterior. El verdadero investigador moderno reúne en feliz conjunción ambas tendencias opuestas. Conoce el valor de la rutina, no desestima la importancia de la imaginación y el razonamiento. Sabe, con el gran Locard, que la ciencia policiaca ha nacido y se ha desarrollado en el gabinete de los escritores, pero comprende que sólo la larga experiencia permite la afortunada aplicación de la teoría.

“Este exordio me es sugerido por la diversidad de hechos que nos presenta este caso, aparentemente tan complicado. Pero ¿es complicado, en realidad? No, señores, es sencillísimo.

“Analicemos los hechos. En el estudio de un pintor que comienza a adquirir notoriedad, se comete un asesinato. La puerta está cerrada con llave por afuera, y el arma homicida también está afuera. El pintor aparece encerrado con la víctima, y al parecer ha sido cloroformado por el asesino.

“Todo esto es muy claro. La simple prueba indicial nos llevará a una solución. Evidentemente el asesino es alguien procedente del exterior, que después de cometer su crimen pretende inculpar a un tercero, encerrándolo con la víctima.

“Pero la imaginación del amateur, viciada por la literatura del género, percibe de inmediato ciertos elementos que le llaman poderosamente la atención y lo conducen por una senda equivocada. ¿Cuáles son esos elementos? ¡Naturalmente! Una puerta que pudo estar cerrada por dentro, pero está cerrada por afuera. Un puñal que pudo estar adentro, pero está afuera. Un hombre sospechoso que pudo estar afuera, pero está adentro...

“¿Qué sugiere todo esto? Sombras ilustres desfilan por la mente del aficionado: Poe y O’Brien, Leroux y Zangwill, Wallace y Chesterton. El problema del cuarto cerrado. El mismo problema, pero al revés.

“Confíeselo, Daniel. Yo he leído esas ideas en sus ojos. Lo vi examinar una cerbatana y una honda, un arco y unas flechas. Desde luego usted comprendió en seguida que con esos elementos era imposible sacar el arma del estudio y llevarla donde la encontramos. Pero la idea persistió.

“Creo que único entre todos yo comprendí la delicada insidia de una de sus preguntas. Lo vi frecuentar el patio e interesarse por una cabeza de arcilla que a juicio suyo había nacido a la existencia con sospechosa rapidez.

“Ya ve que yo también conozco los clásicos. Pero no me quedo en ellos. Fundamentalmente soy un hombre de mi oficio, y el oficio me enseña que la realidad es siempre menos espectacular de lo que podemos imaginar. Usted, entre una solución simple y una complicada, elige instintivamente la más complicada. Yo conservo la libertad de optar hasta que los hechos, hechos decisivos, me inclinan hacia una cualquiera de ellas. Y en este caso demostraré que la solución más sencilla es la única correcta.

“Debo admitir, sin embargo, que la mera rutina me ha puesto en conocimiento de ciertos hechos que usted ignora, y que son esenciales para resolver el problema. Más adelante volveremos sobre ellos.

“Afortunadas circunstancias de lugar y de tiempo nos permiten circunscribir el número de sospechosos. No me parece necesario insistir en esto. Son tres: Peruzzi, naturalmente, Giardino y Baldung.

“Duilio Peruzzi nos ha confesado que tenía un motivo para asesinar a Carla de Velde. Al principio, claro está, sospeché de él. Pero después comprendí que no se lo podía tomar en serio. Peruzzi no tuvo oportunidad de cometer el crimen. Los hechos demuestran que su declaración es verdadera en lo esencial. Como él mismo ha dicho, lo amparan dos imposibilidades físicas. Pudo cometer el asesinato y sacar el arma del estudio, pero no pudo cerrar por fuera la puerta del estudio. A través de la reja es imposible entrar o salir. Y si el asesinato se cometió cuando ya estaba cerrada la puerta tampoco pudo llevar el arma al lugar donde la encontramos, un piso más abajo. Peruzzi, en consecuencia, queda eliminado.

“El motivo de Giardino es perfectamente comprensible. Ustedes conocen los clisés del caso: un hombre devorado por los celos, etc. ¿Algún detalle lo incrimina? Sí. El pañuelo empleado para cloroformar a Peruzzi era suyo. ¿Es decisivo ese detalle? No. No es raro que una mujer lleve en el bolso un pañuelo de su marido, y después lo deje olvidado al alcance del asesino. ¿Tiene coartada Giardino? No. ¿Podemos descartarlo? Por el momento no. Si es necesario, volveremos a él.

“Llegamos así a nuestro tercer sospechoso, y al único punto verdaderamente delicado de toda la cuestión. El único punto en que la intuición de un brillante amateur puede ser más útil que el cerrado sentido práctico del policía rutinario. Desde luego, me estoy refiriendo al motivo que pudo tener Hans Baldung para asesinar a Carla de Velde.

“Hubo alguna relación entre ellos? No. ¿Tuvo Baldung algún motivo para odiarla? Apenas se conocían. ¿Es Baldung un psicótico, una víctima de la guerra, como pretende Peruzzi, un desquiciado? En ese caso, ¿pudo obrar bajo un impulso irracional? No, señores, no.

“Debemos pues descartar a Baldung por ausencia de motivo perfectamente lógico para asesinar a Carla de Velde? No. Porque Baldung, señores, es el asesino.

“Baldung no la odiaba, pero odiaba a Peruzzi. Baldung es un hombre de talento, un artista; Peruzzi utilizaba ese talento en beneficio propio. Peruzzi comenzaba a cubrirse de notoriedad y dinero; pero era Baldung quien le suministraba los temas de los cuadros que empezaban a inundar las exposiciones y las casas ricas. Peruzzi podía darse aires de gran señor; pero era Baldung quien encolaba los burros. Y a cambio de ello, ¿qué recibía? Una paga reducida y la certeza de un destino anónimo; desprecio y amenazas; estallidos de cólera e improperios.

“Ustedes presenciaron esa pequeña escena de esta mañana. Este hombre mínimo, este hombre en apariencia insignificante, conocía bajo la égida del gran Duilio Peruzzi un terror semejante al que había conocido bajo el régimen de su país natal... ¡Siéntese, Peruzzi! —ordenó enérgicamente al ver que el pintor se había levantado y avanzaba hacia él con semblante descompuesto—. A la primera payasada suya, lo pongo seis meses al fresco.”

Duilio Peruzzi se sentó con visible esfuerzo, temblándole las manos.

—Sí —prosiguió el comisario con voz perfectamente dominada—, Baldung lo odiaba y yo lo comprendo. Baldung quiso vengarse, y casi simpatizo con él. Entonces se le planteó el problema fundamental. ¿Cómo iba a vengarse? ¿Lo mataría simplemente, borraría de la faz de la tierra su bufonería, su arrogancia, su prepotencia? No, eso era demasiado fácil. Baldung no es un hombre vulgar. Baldung sabe por propia experiencia que hay vidas que son peores que cualquier género de muerte. Planeó algo más sutil, más perverso, más injusto si se quiere, pero más lógico. No mataría a Peruzzi, pero rodearía su vida de circunstancias atroces. Mataría a alguien a quien Peruzzi amaba, llevado quizá por el capricho del momento; pero por encima de todas las cosas lo heriría en lo que él más apreciaba: en su avidez de fama y de dinero, en su vida fácil de artista mimado por el público. Lo expondría a la vergüenza y la deshonra de un proceso, seguramente a la cárcel. En las ciudades y campos de Europa Baldung había visto morir a millares de inocentes. ¿Qué significaba uno más? Baldung descontó la vida de un inocente para consumir su venganza, una venganza que era semejante a las alucinadas creaciones de sus escenarios.

“Esperó el momento oportuno. Consumado escenógrafo, instaló en el estudio de Peruzzi una luz roja que inundaría todo el drama con sus sangrientos reflejos. Se apostó en las inmediaciones de la casa. Vio llegar a Peruzzi. Una hora después a Carla.

“La puerta de calle permanecía abierta porque Peruzzi trabajaba de noche. Baldung subió silenciosamente la escalera. Llevaba consigo el cuchillo y el pañuelo. En una mesita, junto a la puerta del estudio, había dejado preparado el frasco de cloroformo. La puerta había quedado abierta al entrar Carla, y ambos le daban la espalda. De un salto felino Hans se lanzó sobre Peruzzi con el pañuelo cloroformado, y lo anestesió. Estos hombres pequeños suelen tener una indomable energía. Después apuñaló a la aterrorizada Carla. Apagó la lámpara de pie y encendió la luz roja del techo. Era el único, aparte de Peruzzi, que hubiera pensado en eso, porque nadie mejor que él conocía la escenografía preparada por él mismo.

“Aquí se le planteaba un problema. Peruzzi no lo había visto, no podía saber que era él el asesino, pero ¿qué ocurriría si el pintor recuperaba el sentido antes de llegar la policía? Podría abandonar tranquilamente el estudio, irse a cualquier lado, dejando allí el cadáver de Carla, y más tarde alegar que no había ido al estudio. Naturalmente se haría sospechoso, pero no más que Giardino, por ejemplo, o que el propio Baldung, que tampoco disponían de coartada. Era necesario impedir que Peruzzi abandonara el estudio, para que fuera vinculado inmediatamente al crimen. Era necesario cerrar la puerta con llave, dejarlo encerrado con la víctima.

“Y aquí volvía a presentarse otro problema. Baldung había resuelto bien el primero. Ante el segundo vaciló y eligió la alternativa más peligrosa para sus fines. ¿Dónde dejaría el arma? ¿Adentro o afuera?

“La dejó afuera. Seguramente pensó que al volver en sí Peruzzi comprendería la gravedad de la situación y quizá se infligiría con el puñal alguna herida leve que bastara para hacerlo aparecer como víctima. Y en ese caso todos los planes de Baldung se vendrían abajo, porque en efecto nada tenía de extraordinario que el asesino, después de matar a Carla, hiriese a Peruzzi, dejara el arma adentro y cerrara la puerta con llave. Sea como fuere, Baldung optó por dejar el arma afuera, al pie de la escalera. O quizá no consideró el problema, y fue ésa una reacción de último momento. Es evidente que de todas maneras Peruzzi quedaba en una situación muy comprometida, encerrado con el cadáver de Carla.

“Hay en todo esto alguna incongruencia que los más advertidos no dejarán de notar. Pero ¿acaso no es propio del espíritu humano recaer en la incongruencia? La misión del policía no es preguntarse: ¿cómo un hombre puede incurrir en estos errores?, sino más bien: ¿ha incurrido en ellos? Si hechos posteriores demuestran que sí, quede para los psicólogos el análisis de motivaciones y sutilezas.

“Existen esos hechos posteriores? Existen. Y son tres. El primero es accesorio, pero arroja sobre el problema una luz muy significativa. El segundo ilustra el comportamiento del presunto asesino después del crimen y refuerza esa presunción. Pero sólo el tercero tiene esa irrefragable fuerza de convicción que surge a menudo de las comprobaciones más vulgares.

“Vayamos por orden. ¿Quién es Hans Baldung? ¿Hay algo oscuro en su pasado? ¿Hay algo que permita forjar ciertas conclusiones acerca de su verdadera personalidad? Una vez más la rutina nos pone sobre la pista. ¿Es Hans Baldung un inmigrante, como se pretende? Sí, pero es un inmigrante clandestino. ¿Es ése su verdadero nombre? No. Su verdadero nombre es otro, Otto Jenke...”

—Ah, pero desde luego —dijo una voz pueril en el extremo del semicírculo de sillas, y el comisario vio parpadear los ojos azules de Daniel detrás de los gruesos anteojos—. Hans Baldung murió en 1545. Era un pintor alemán. Discípulo de Durero. También Grünewald...

—Gracias —interrumpió secamente el comisario, y miró con ira a Duilio Peruzzi, que se reía como si tuviera un batintín dentro del pecho—. Sigamos. Yo sabía ya esta mañana quién era el asesino, pero lo dejé en aparente libertad previendo cuál sería su próximo movimiento. Y mis previsiones se cumplieron.

“Esta tarde, a las seis, dos de nuestros agentes detuvieron a un hombre que pretendía embarcarse en un avión con destino a Montevideo. Ese hombre era Hans Baldung, a quien por comodidad seguiremos llamando así.

“Todo esto es muy convincente, pero no es definitivo. ¿Hay algo más? Retrocedamos a los acontecimientos iniciales. Según la declaración de Peruzzi y el informe del médico policial, Carla de Velde fue asesinada a las doce menos veinte.

El comisario hizo una pausa y contempló a los presentes con impresionante seguridad.

—A las doce menos cuarto —prosiguió—, cinco minutos después de cometerse el asesinato, dos testigos vieron a Hans Baldung salir por la puerta de calle de este edificio.

Daniel Hernández saltó de su silla como si le hubieran pegado un balazo.

—¿Es cierto eso? —exclamó gesticulando desesperadamente—. ¿Es cierto? —Y al ver el gesto afirmativo del comisario se desplomó en su asiento con un gemido.

La reacción de Baldung fue más espectacular. Agazapado y veloz como un conejo se lanzó hacia la puerta, pretendiendo pasar por entre las piernas del azorado inspector Valbuena, que en un reflejo instintivo lo atrapó como en un cepo. La escena había llegado a la culminación de lo grotesco. Peruzzi daba palmotadas y entonaba a pleno pulmón un aire de ópera.

Un minuto más tarde, restablecida la tranquilidad y custodiado el infortunado Baldung por dos policías, el comisario le dirigió la pregunta de rigor:

—¿Confiesa usted haber asesinado a Carla de Velde?

—Sí —dijo Hans, rompiendo a sollozar—. Sí. Yo la maté.

CAPITULO VI

El comisario era un hombre modesto. Pero en esta oportunidad la plenitud de su triunfo lo desbordaba. Clavó sus pupilas aceradas en el abatido Daniel, que miraba fijamente el piso, y dijo con mordacidad inusitada:

—¿Y bien, mi querido amigo? ¿Piensa usted en Durero? ¿Piensa en Grünewald?

Daniel tardó en contestar. Cuando alzó los ojos, el comisario debió leer en ellos algo inquietante, porque frunció las cejas y se quedó repentinamente serio.

—No —dijo Daniel con voz casi imperceptible—, no. Pienso en Montaigne.

—¿Montaigne? —repitió el comisario—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Hay seres humanos —dijo Daniel— que abarcan intuitivamente realidades a las que no han podido tener acceso directo. Vastas miradas que penetran en lo pasado y en lo futuro. Creo que fue Montaigne quien dijo: “Millares y millares de hombres se han acusado falsamente”.

Sería inexacto decir que en el estudio de Duilio Peruzzi se produjo una conmoción. Si alguien hubiera entrado en aquel momento, habría presenciado una escena extraña. El comisario había empezado a llevarse la mano a la frente, y su mano estaba suspendida a mitad de camino. Uno de los hombres que custodiaban a Baldung tenía el brazo echado hacia atrás, en ese gesto típico e inconsciente con que el hombre que camina ayuda a conservar su equilibrio, pero el ademán estaba interrumpido. Los ojos de Duilio Peruzzi habían empezado a sonreír, pero el resto de su cara ignoraba aquella intención y permanecía terriblemente seria. Era una sonrisa a medio cristalizar. Por un instante increíble la fluencia natural de la vida se detuvo.

Una palabra de Daniel puso el mundo en movimiento.

—La solución... —dijo, y entonces el comisario se llevó la mano a la frente, el detective se quedó definitivamente parado y la expresión de Peruzzi revoloteó como un pájaro entre la seriedad y la sonrisa, resolviéndose en definitiva por aquella.

—Su solución, comisario —repitió Daniel—, es mucho más agradable que la mía, y bastante menos exacta. Es exacta en la descripción de algunos hechos materiales, pero es inexacta en su interpretación.

—No puede ser —exclamó el comisario—, yo acabo de demostrar...

—No, comisario —dijo pacientemente Daniel—, usted sólo ha demostrado que la realidad es siempre más amarga de lo que tenemos derecho a suponer. No vacilo en decirle, comisario, que la demostración que acaba de ofrecernos es particularmente infortunada, y si se la juzga en sus consecuencias, casi culpable. Si usted no hubiera demostrado la culpabilidad de un inocente, comisario, yo podría callarme la boca y no tendría necesidad de acusar a un hombre a quien a pesar de todo admiro, para salvar a un hombre a quien desprecio. No sé, a veces creo que hay algo fundamentalmente erróneo en nuestra idea de la justicia.

—¡Pero este hombre —gritó desesperado el comisario—, este hombre acaba de confesar que es culpable!

—Es culpable, sí —dijo Daniel—, pero no de lo que usted cree. Es culpable de un vasto y múltiple crimen, pero no de este crimen aislado. Sus manos están manchadas en sangre, si me permite esta triste concesión al lugar común, pero no en la sangre de Carla de Velde.

Daniel clavó los ojos en un punto distante. Hondas arrugas surcaban su frente, dándole casi el aspecto de un viejo.

—Mi historia —prosiguió— se remonta a Alemania, la Alemania de 1932 a 1934. Mi historia empieza con un hombre oscuro, insignificante, un hombre que por extraña coincidencia tenía el mismo oficio de alguien a quien más vale no nombrar. Como éste, que también había sido un hombre oscuro e insignificante, Otto Jenke o Hans Baldung era pintor. Quizá no carecía de talento, pero algo lo roía por dentro. ¿Recuerda usted aquellas palabras que Shakespeare pone en boca de César? Prefiero que me rodeen hombres gordos, hombres de cabeza reluciente, que duermen de noche’. Admirable sentencia. Beware of these lean, hungry men! ¿No era así? Bueno, no importa. Pero Baldung no dormía de noche, Baldung era de esos hombres flacos y hambrientos. Baldung dejó el arte por la política. Escaló posiciones dentro del partido. Intervino en las matanzas de judíos y prisioneros de guerra. Consumado el desastre, huyó. Entró clandestinamente en el país, y volvió a su antiguo oficio de pintor.

“Duilio Peruzzi era el único que lo sabía. Lo sabía y lo había amparado, pero lo despreciaba. El mismo nos lo ha dicho. Yo no tengo muy buena vista para los indicios materiales, comisario, pero las palabras no se me escapan. El sonido y el sentido de las palabras. Mi oficio está ligado a las palabras. Yo recuerdo cada una de las palabras que se han pronunciado hoy aquí. ¿Y qué fue lo que dijo Peruzzi? ‘Hans es un pobre diablo, un inmigrado, una víctima ingenua del cruel anatema recaído en las camisas pardas’. ¿Era posible equivocar el sentido de esa frase? ¿Era posible inadvertir la ironía que encerraba? Pero dijo algo más, algo que no puedo recordar sin admiración: ‘Baldung era un escenógrafo de mérito... Después decoró palcos oficiales’. ¿Advierte el juego de palabras? Todos pensaron que Baldung, caído en desgracia, rebajado y escarnecido por el régimen, se había visto obligado a realizar la mísera tarea de decorar materialmente esos palcos oficiales. Yo entendí que los había decorado con su presencia, con su presencia de fante del régimen. Es curioso que desde el primer momento usted haya creído que Hans era una víctima, cuando en realidad es un victimario.

“Estos elementos nos sirven para destruir el eslabón final de su teoría, comisario, la proba, probatissima, la confesión del inculpado. ¿Qué motivos pueden inducir a un hombre a acusarse de un crimen que no ha cometido? Hay varios. Hay motivos racionales y extrarracionales. Descartemos éstos en primer término. No quiero abrumarlo con ejemplos, pero usted recuerda que en Crimen y castigo hay una confesión de este tipo, un hombre que quiere cargar con todas las culpas del mundo y se acusa de algo que no ha hecho. ¿Es éste el motivo de Baldung?

“No, su motivo es perfectamente racional. ¿Quizás, entonces, quiere proteger a alguien, al verdadero culpable? ¿A Peruzzi, por ejemplo? No, usted ha demostrado que lo odiaba y lo temía. Esa demostración sigue en pie. ¿Quiere proteger a Giardino? Apenas lo conoce. ¿A quién entonces? ¿Hay algún otro implicado en el caso?

“Sí. El mismo. Baldung se declara culpable de un crimen que no ha cometido para eludir el castigo de muchos otros que ha cometido. Aún están en pie las horcas de Nuremberg. Baldung ha visto en los diarios o ha imaginado en atroces pesadillas las caras patibuladas de los generales nazis, sus jefes. Baldung sabe que si vuelve a Alemania será ejecutado como criminal de guerra. Sabe lo que es un pedido de extradición a un país oficialmente en guerra con el suyo.* Sabe que una palabra de Peruzzi bastaría para descubrir su identidad, perdida en la humareda de la gran hecatombe. En algo me consuela ser yo quien pronuncie esa palabra.

“Ya sabe usted por qué Hans se ha confesado autor de ese crimen insignificante. La elección no es difícil. Por un lado, quince o veinte años de cárcel, quizá menos. Por otro lado, el patíbulo.

“Ya sabe usted por qué una palabra, un gesto de Peruzzi bastaban para sacar de quicio a Hans, para infundirle un terror espantoso. Retengamos este último detalle, porque es fundamental para aclarar todo lo que sucedió después.

“Y sabe también por qué Baldung, aterrado ante la inminencia de estas revelaciones, quiso huir a Montevideo. Ya ve usted, comisario, cómo se pulveriza otro de los eslabones de su teoría.

“Pero queda algo, algo muy importante, tan importante que usted lo erigió en pilar de su hipótesis. Cinco minutos después de cometerse el crimen, dos testigos vieron a Baldung salir de la casa. Para usted, ésa es la prueba decisiva de su culpabilidad. Yo creo que es la prueba decisiva de su inocencia.

*Esto sucedía en enero de 1946.

“No pienso negar la evidencia. Admito que Baldung salió de esta casa a las doce menos cuarto. Pero, ¿demuestra eso que acababa de asesinar a Carla de Velde? De ninguna manera. ¿Demuestra, por lo menos, que fue cómplice o testigo de ese asesinato? En absoluto. Baldung no presencié el crimen ni intervino en él. Recién al día siguiente, es decir hoy, se enteró de que había sido cometido. Ya veremos más adelante qué vino a hacer Hans en un momento tan singular, y en qué medida contribuyó a oscurecer los hechos.

“En cuanto a Giardino, creo como usted que su papel en este asunto ha sido ínfimo.

“Llegamos así al verdadero asesino. Porque el asesino, naturalmente, es Duilio Peruzzi.”

En el silencio enorme que se produjo, Peruzzi no se movió. Sus ojos sombríos reflejaban un profundo interés. Tallado en bronce, su rostro estaba aureolado de extraña majestad, que por primera vez parecía auténtica.

—Yo —dijo sencillamente— siempre estoy dispuesto a oír un buen razonamiento. Pero trate de no equivocarse, por favor. El problema es algo complicado.

Daniel sonrió a pesar suyo, apreciando la calidad del rival.

—Sí —admitió—, el problema no es sencillo, y son elementos muy dispares los que me han ayudado a resolverlo. Yo temo que mi exposición no esté a la altura de las extraordinarias circunstancias que la suscitan. Temo que mis palabras no alcancen a reflejar la maligna belleza que circunda el plan de Peruzzi y su perfecta ejecución. Lo he examinado en detalle: creo poder afirmar que ni uno solo de los actos, ni una sola de las palabras implicadas en ese plan y en su realización carecen del estricto rigor lógico que sólo puede tener su sede en una inteligencia superior.

“Quizás a usted, comisario, le extrañe oírme hablar así de un hombre a quien usted ha considerado un payaso, y que indudablemente es un asesino. No siempre admitimos con facilidad que la inteligencia pueda estar al servicio de fines reñidos con nuestras normas convencionales. Yo ignoro cuál ha sido el verdadero motivo que tuvo Duilio Peruzzi para asesinar a Carla de Velde. Es una necia presunción querer sondear las profundidades del alma ajena. Pero él nos ha dado un motivo plausible, y si así lo prefiere, podemos dejar esto de lado y seguir adelante.”

—Yo no sé si ustedes pueden entenderlo —dijo Peruzzi en voz baja y sorda—. Pero en algún momento, de algún modo, la he querido. Pobre Carla.

El comisario recordó la voz de faldete con que Peruzzi había pronunciado antes aquellas mismas palabras, y sin saber por qué sintió un escalofrío.

—Hay una actitud, un estado de ánimo, una atmósfera— prosiguió Daniel con acento monótono y fatigado—, no sé cómo llamarlo, pero es algo que Peruzzi ha introducido en todos los resquicios de sus declaraciones, en sus menores gestos y palabras, y que ha venido a constituir la tónica o el ambiente de todo el caso. Yo siento una especie de temor supersticioso por un hombre que puede crear artificialmente un determinado plano en las relaciones humanas, y obligar a los demás a situarse en ese plano. Usted, comisario, fue el primero en treparse a ese retablo. Usted creyó de entrada que Peruzzi era un bufón, que bailaría cuando usted restallara su látigo oficial. Y en realidad era él quien movía los hilos, él quien creaba el escenario, él quien urdía la trama segura y paciente. Así llegó usted, llevado de la mano, a su “solución” del caso. No lo critico. En verdad, su reconstrucción de los hechos estaba sólidamente ensamblada, y habría hecho honor a cualquier brillante “amateur”. Pero esta vez se encontraba usted ante un rival demasiado fuerte. Peruzzi se entretuvo en hacerlo sospechar alternativamente de Hans y de Giardino. El no tenía preferencias. Detestaba a los dos.

“Yo también estuve a punto de bailar al son de Peruzzi, de creer que era un mero farsante, un polichinela algo cargoso, que no debía tenerse en cuenta para una interpretación seria de los hechos. Yo también estuve a punto de verme envuelto en su lúcida cortina de humo.

“Pero una cosa eternamente repetida pierde realidad. Se me ocurrió que un hombre no puede ser tan incesantemente ridículo, tan irredimiblemente necio. No es fácil alcanzar la perfección de lo grotesco. Como toda perfección, requiere talento. Pensé que toda aquella ostentación de estupidez era deliberada.

“Más tarde creí encontrar una confirmación de esta vaga sospecha. Yo padezco de manía ambulatoria. Usted se atuvo al escenario del crimen. Yo fatigué las escaleras, el patio, el taller de Baldung, la sala de cuadros. Y en la sala de cuadros descubrí algo muy singular. Mucho de lo que había allí, desde luego, era simple residuo, copia de las disparatadas escenografías de Baldung, obras en venta. Pero entre ellas había una que era algo completamente distinto, un fragmento del pasado de un artista serio y consciente. El único, probablemente, entre los cuadros de Peruzzi que nunca hallará comprador.

“Le sugiero que lo examine. Yo no entiendo gran cosa de pintura. He oído desterrar de ella lo meramente literario. No sé. Tal vez sea lo meramente literario de esa obra lo que me llamó la atención. Me guió por impresiones. Pero, ¿cómo negar la impresión tremenda, abrumadora que me produjo aquella alta muerte en soledad y el desbordarse por la herida el alma plural de un solo ser humano tendido en una roca?

“¿No era pues, al fin de cuentas, un clown aquel hombre que gesticulaba y reía, que hacía cabriolas y entonaba aires de ópera, que mechaba de un francés detestable su conversación incesante, que yuxtaponía críminosamente un slang americano a un verbo latino, que copiaba descaradamente los desvaríos escenográficos de su ayudante y los vendía en forma de cuadros? No, Duilio Peruzzi tenía algo de bufón, sin duda, pero no más de lo que necesitaba para triunfar, no más de lo que necesitaba como garantía de un obstinado rigor artístico.

“Debió ser eso lo que él leyó en mi mirada cuando entró en la sala y me vio observando su obra. Debió ser eso, porque inmediatamente se lanzó a una desesperada tentativa por convencerme de que efectivamente era un polichinela. Durante diez minutos esgrimió una ardua teoría que era la estricta negación de todo credo artístico. Y sin embargo, esa teoría también me sugirió algo. Peruzzi se refería, si no me equivoco, a un cuadro ideal, que existiría sin ser pintado, pero que no todos podrían ver. El asesinato de Carla de Velde es como ese cuadro, y pocos pueden imaginarlo.

“Pero yo he supuesto la culpabilidad de Duilio y usted quiere que la demuestre. Para ello debemos destruir aquellas famosas imposibilidades materiales en que se amparaba.

“Esas imposibilidades pueden ser dos, o pueden ser una sola, según el orden cronológico que elijamos. Si suponemos que Peruzzi cometió el crimen cuando la puerta aún no estaba cerrada, es una sola: la de cerrar el estudio por fuera, porque antes de hacerlo pudo sacar el arma. Si suponemos que cometió el crimen estando cerrada la puerta, son dos: haber cerrado antes la puerta por fuera, y llevar después el arma adonde usted la encontró, en la planta baja. Ya sabemos que esa reja es infranqueable.

“¿Cuál de estas dos series de tiempo elegiremos? La segunda, la que implica dos aparentes imposibilidades materiales.

“La segunda, porque cuando Duilio Peruzzi se refirió a ellas dijo que eran dos. Esa fue la única oportunidad en que se traicionó. Olvidó que una buena explicación vale más que dos.”

Daniel hizo una pausa, pero los cinco hombres que lo oían parecían esculpido en piedra.

—En resumen —prosiguió—, yo demostraré que Duilio Peruzzi cerró con llave la puerta del estudio por el lado de afuera, sin salir del estudio; demostraré que asesinó a Carla de Velde; y demostraré que sin salir de la habitación cerrada sacó de ella el arma homicida.

“Como ustedes ven, volvemos a una variante del problema del cuarto cerrado. ¿En qué forma un hombre que está en el interior de un cuarto puede lograr que la llave gire en la cerradura del lado de afuera, sin que él la toque con los dedos?

“Dos soluciones se presentan inmediatamente a nuestra inteligencia. Primera: un cómplice. Segunda: un medio mecánico, un tornillo de mano, un sistema de hilos y alfileres.

“Peruzzi no utilizó medios mecánicos. No recurrió a un cómplice. Utilizó un instrumento, sí, pero el más sutil de todos. Empleó un instrumento psicológico. Empleó la más elemental de las pasiones humanas: el miedo. El miedo cerró esa puerta con tanta eficacia como las más complicadas invenciones de O'Brien o Wallace.

“Ya sabemos qué motivo tenía Hans Baldung para sentir pavor de Peruzzi. Este, con ciego instinto, le hacía sentir en parte lo que Baldung había hecho sentir a otros. No dudo de que en alguna oportunidad recurriera a la violencia física.”

—Hay cierto género de ratas —dijo Peruzzi con indiferencia— que han nacido para ser pisoteadas. El era una.

—Usted, comisario —prosiguió Daniel—, ha recordado la escena que todos presenciamos esta mañana. Cuando llegó Baldung, Peruzzi, fingiendo uno de esos abruptos arrebatos de cólera que convenían en aquel momento a su papel de payaso, empuñó un florero y se lanzó sobre Hans. ¿Y qué hizo Hans? Hizo exactamente lo mismo que había hecho anoche. Huyó, y al huir cerró instintivamente la puerta.

“Creo que ahora podemos reconstruir definitivamente la escena y eliminar la primera imposibilidad material.

“Añoche Peruzzi citó a Carla en su estudio a las once o a las once y media. Después llamó por teléfono a Baldung y le ordenó comparecer a las doce menos veinte, digamos, so pretexto de que faltaba algo en su escenografía.

“Cuando llegó Baldung, la llave de la puerta estaba del lado de afuera. Peruzzi pudo sugerírselo, en el transcurso de una conversación normal, para condicionar su estado de ánimo. Ya sabemos que es un maestro en sugerencias. De pronto, con un pretexto cualquiera, fingió uno de esos desorbitados paroxismos de furia que tanto inquietaban a Hans. Podemos imaginarlo empuñando un cuchillo y avanzando sobre él con gesto homicida. Baldung dio media vuelta y huyó. Al salir cerró instintivamente la puerta. Al cerrarla, vio o recordó la llave, comprendió en un relámpago que era el único medio de poner una valla decisiva entre él y su perseguidor, de impedir que le diera alcance en la larga y oscura escalera. Hizo girar la llave en la cerradura y la dejó para que al día siguiente la encargada de la limpieza rescatara a su empleador. El probablemente no pensaba volver.

“Y a las doce menos cuarto, comisario, sus dos testigos vieron salir a Baldung de la casa en que sin que él lo supiera acababa de cometerse un crimen. Yo ignoraba aquel detalle, hasta que oí su dramático anuncio de esta noche. Y entonces todas mis sospechas se confirmaron.

“Ya ve cómo sin medios mecánicos, sin recurrir a un cómplice, puede cerrarse una puerta por fuera. Porque Baldung, evidentemente, no era un cómplice. Cómplice es quien deliberadamente y con conocimiento de causa secundada planes de otro. El no había secundado los planes de Peruzzi, puesto que ni siquiera los conocía. Hans creía honestamente haber salvado su vida.

“Hoy, por supuesto, comprendió todo. Había visto a Duilio, había visto a Carla, había visto el estilete en manos de aquél.

“Y entonces sí se convirtió en cómplice forzoso. Porque entonces se le presentaron dos alternativas a cuál más desagradable. Si decía que había estado aquí a la hora en que se cometió el crimen, podían ocurrir dos cosas. Primero:

Peruzzi podía delatarlo, y eso significaba el patíbulo. Segundo: Peruzzi podía ampararse en la segunda imposibilidad material —el arma fuera del estudio—; entonces Hans se convertía en el principal sospechoso, y eso significaba la cárcel. Naturalmente, decidió callarse.

“Volvamos al estudio. Es indudable que Duilio no podía saber con anticipación que su treta daría resultado. Podía muy bien suceder que Hans huyera simplemente, sin cerrar la puerta con llave, sin siquiera cerrar la puerta. ¿Qué perdía Duilio en ese caso? Absolutamente nada. Postergaba su crimen para otro momento. Porque ya veremos que era imprescindible que esa puerta estuviera cerrada para que Duilio pudiera cometer el asesinato y ensayar luego su segundo truco de prestidigitación, el que le aseguraría la absoluta impunidad.

“Quizás esta escena que nosotros presenciamos esta mañana y que se desarrolló anoche, se haya representado antes. Pero lo cierto es que anoche dio resultado. En cuanto a Carla, ella debió festejar el vertiginoso egreso de Hans Baldung. No sospechaba que aquella escena de sainete formaba parte de la minuciosa trama de su perdición.

“Peruzzi la mató en seguida, con el mismo estilete con que había empavorecido a Hans. Ahora debía resolver la segunda imposibilidad material, sacar el arma del estudio.

“Por la puerta era imposible, porque estaba cerrada y no tiene aberturas capaces de permitirlo. Naturalmente, ahí estaba esa fabulosa puerta vidriera enrejada, y un movimiento del brazo bastaba para lanzar el arma al patio. Pero eso era demasiado evidente. Estoy seguro de que el comisario habría sospechado en seguida.

“No, Peruzzi debía sacar el estilete, pero de manera que quedase bien lejos de la ventana, en cualquier otro lugar insospechable de la casa, preferiblemente en la planta baja, casi en la calle. ¿Cómo obtener ese mágico resultado?

“Volvamos a los indicios. No sé si en este caso interesan para algo, además, mis procesos mentales, pero infortunadamente sólo puedo dilucidarlo recurriendo a ellos. Una de las primeras cosas que observé al llegar esta mañana fue que en la escenografía de Baldung faltaba algo. No una cosa en particular, sino cualquier cosa. Supongo que de algún modo intervino en ello eso que Duilio llama el sentido de la composición. Pero algo faltaba, y él mismo lo había introducido en su boceto. Había interpolado aquel detestable juguete devorador de hombres, un camión rojo de fauces amarillas. Todos los demás elementos del retablo entraban en el boceto: el rascacielos de cartón, la grúa metálica, las cruces de madera. Sólo el camión era un elemento nuevo, fruto de la imaginación de Duilio, según él.

“Usted se rió, comisario, cuando me vio asomado a la reja del patio. Supongo que le parecí un gran pájaro amaestrado. Usted creyó tal vez que yo estaba tratando de descubrir si por entre esos barrotes separados entre sí por no más de diez centímetros podía haber pasado un ser humano, lo que manifiestamente era imposible. Pero en realidad yo estaba practicando una modesta versión de lo que después de Euler se llamó Analysis situs, es decir un examen del terreno, referido no a las dimensiones, sino a la configuración. Y esa configuración era la siguiente: aquí, en el estudio, una reja, después el patio, después la escalera que baja a la calle.

“Yo me tracé mentalmente tres puntos: uno situado en la reja, otro en el extremo superior de la escalera —por donde evidentemente tenía que haber bajado el estilete, ya fuera llevado por manos humanas o no—, y el tercero en el sitio exacto donde se había encontrado el puñal. Uní imaginariamente esos puntos con una línea que por supuesto no debía atravesar ningún insuperable obstáculo material. Esto es lo que se llama trazar una gráfica, la más elemental de las gráficas, compuesta de tres vértices y dos arcos. Después me pregunté si de algún modo el estilete podía haber recorrido esa gráfica. En otras palabras, me pregunté si el puñal podía haber recorrido una doble línea curva, con una caída en el extremo, representada por los escalones.

“Y aunque parezca extraño, esa posibilidad existía.

“Naturalmente, para que un objeto de forma irregular describa esa trayectoria curva, debe ser impulsado por una fuerza adecuada. El boceto de Duilio Peruzzi me dijo cuál era esa fuerza. Creo que fue entonces, comisario, cuando le recriminé su desinterés por la escultura.”

Daniel se encaminó a la cabeza de arcilla montada en su pedestal y retiró el paño que la cubría.

—Peruzzi —dijo respetuosamente—, ¿usted aprecia mucho esta cabeza?

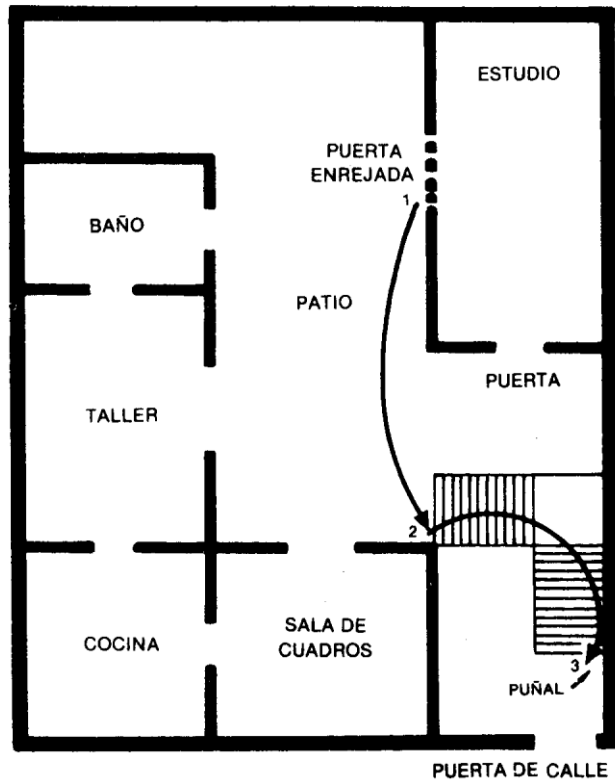


FIGURA II

—No —respondió el pintor con una sonrisa—. Esa cabeza sueña una pesadilla. Puede romperla. Daniel la tocó con la punta de los dedos y el bloque de arcilla cayó al piso. Y ya rota la muela sardónica, aventada la sombra de los ojos vigilantes, quedó al descubierto entre migajas de barro un pequeño juguete rojo, un minúsculo camión de cuerda.

Daniel lo levantó delicadamente y se encaminó a la reja. En lo alto de un edificio situado al través de la calle, una celeste liebre luminosa morra a intervalos regulares bajo el rayo de neón de un cazador azul. Y un reflejo de esa muerte repetida animaba las baldosas rojas del patio.

La voz de Daniel, cuando habló, parecía más distante que nunca.

—Ya lo saben ustedes casi todo. Este juguete de cuerda llevó hasta la escalera el pequeño estilete de Duilio, rodó con él por los escalones, depositándolo lejos del estudio, y volvió atado al extremo de un hilo. El eje delantero está levemente torcido, lo suficiente para hacerle describir el arco necesario. Duilio tuvo tiempo para ensayarlo. Para un hombre de su inteligencia, ha sido extremadamente fácil.

“No podía hacer desaparecer el juguete, pero podía disimularlo. Modeló a su alrededor una cabeza de arcilla. Encendió la luz roja del techo. Buscó una posición cómoda y se cloroformó. Creo que eso es todo.”

—No —dijo Duilio Peruzzi con expresión de ansiedad—. Falta algo.

Daniel sonrió tristemente.

—Sí —dijo—. Una prueba indicial... Cuando usted sacó el estilete por la reja, aún no sabía lo que haría con el camioncito. Limpió cuidadosamente el arma para que no manchara el juguete. La limpió en esa tela que pensaba pintar.

“Después trazó sobre la sangre las primeras pinceladas rojas de su cuadro inconcluso.”